

sea circunferencia de otro centro posible.

En cambio, su circunferencia está siempre realizada. Centro y circunferencia son siempre hechos, nunca por hacer. La función común se refunde en lo hecho, y sometido á ley formulada en otro (el pensamiento, el sujeto pensante).

En el vegetal se agrega á la función mineral, una nueva función que se *hace ley* respecto de las funciones inorgánicas; en el animal se hace otra nueva ley, y otra más en el hombre... y á estas funciones concretas sigue la serie indefinida de funciones relativamente abstractas (ideales).

Honra, de honor, voz procedente del latín.—La consideración que merece cuanto representa el bien moral.

No es extraño que los hombres consideren como un bien principal el ser honrados y considerados como tales.

La mujer que se entrega á un hombre, no en cumplimiento de un deber sagrado, sino obedeciendo á móviles menos legítimos, pierde su honra, como la pierde el hombre que prefiere un bien fenomenal al bien prescrito por la ley.

Honrado.—El bien debe ser honrado, y uno de sus caracteres es esta honra que recibe en la opinión común.

El hombre tiene una honra cuando la merece; pero puede obtener honores que no merezca, que no estén de acuerdo con su honra propia. La honra legítima es el bien indiscutible, que el individuo atesora dentro de sí, bastándole para ello el testimonio de su conciencia.

Una vez reconocida la honra, se le tributan los honores que también recaen sobre otros merecimientos. Los

honores tributados donde se atiende mucho á la categoría social ó económica del sujeto, son de escaso valor; le tiene más considerable, cuando el sujeto honra á estas honras, más que honran ellas al sujeto mismo.

El honor, en la Edad media, era una reliquia del mérito caballeresco, que se fundaba tanto en la *creencia* propia como en la ajena: era una fe tributada á cierto orden de *valor personal*, que exigía ser mantenido á toda costa; era la idolatría de la buena fama. Quería el hombre, principalmente, *ser tenido por bueno* en el sentido de fuerte y poderoso. No se examinaba el bien en la conciencia, y se desafiaba arrogantemente las protestas de la razón.

Se honraba lo deshonesto: la fuerza ciega impuesta sin discusión.

¿Ha dejado de reinar enteramente la fuerza bruta en el mundo civilizado?

Hora, del sanscrito *har*, encerrar.—Duración, límite de tiempo.

La vida se compone de horas, y la hora se compone de partes, cada vez menores, como las partes de la extensión. Llegar á una parte indivisible del tiempo, no puede ser.

El instante no es parte indivisible del tiempo, como el punto no es parte indivisible del espacio.

El instante, límite del tiempo, por breve que se le imagine, todavía supone duración indefinidamente divisible.

Horizonte, del griego *hóra*, término.—El límite entre la tierra y el Cielo, á la simple vista. El límite, entre la idea definida y lo indefinido en la vida ideal. La razón queda dentro de su horizonte definido. La fe se establece fuera de lo definido, para de-

terminar desde allí la función del pensamiento.

Horóscopo, del griego *hóra*, límite, y *skopéo*, yo examino.—Previsión supersticiosa, fundada, no en probabilidades, sino en coincidencias del nacimiento de una criatura humana con la situación simultánea del sistema de los astros.

Relaciones hay, sin duda alguna, entre el sistema de los astros y el cosmos inorgánico indispensable para la vida, no sólo de un hombre, sino de cualquier otro viviente; pero *extremando* la importancia de tales relaciones, se cae en exageraciones tan viciosas, como la de atribuir importancia al horóscopo de un viviente.

La coincidencia horoscópica es meramente *casual*, y no *causal* como la relacionada con la libertad indispensable para vivir.

Los vaticinios horoscópicos no suponen siquiera el coeficiente de duda, que acompaña á toda previsión racional; sino que se pronuncian con el acento de la fe, y con la temeraria pretensión de poner al alcance del hombre lo que le está vedado como exclusivamente propio del orden divino.

Horror, del sanscrito *harsch*, erizar.—Tendencia repulsiva, elevada á grado muy alto.

Toda criatura tiene aversión al mal, y sobre todo á la muerte, que puede llegar al grado del horror.

La tendencia aversiva se hace sentir en el momento en que indefiniéndose el pensamiento actual, se define en el porvenir como un fin á que somos llevados pasivamente, con la circunstancia, además, de que semejante fin es calificado como un mal por la conciencia reflexiva en el hombre, y

por el sentimiento inmediato en el animal.

Hostia, del latín *hostia*, de *hostis*, enemigo.—Llamóse en la antigüedad *hostia* á la víctima que se ofrecía á la divinidad en sacrificio, simbolizando la eliminación del mal en aras del supremo Bien.

La hostia cristiana es también hostia propiciatoria de la moral, que manda posponerlo todo, hasta la vida propia, en cumplimiento del deber.

Hueso, del sanscrito *ás*, fiar.—Fundamento sólido de las partes blandas y de las líquidas del cuerpo. El reino mineral es el esqueleto del orden universal, y este esqueleto contiene todavía líquidos dentro de sí, como el esqueleto fresco de un animal conserva dentro de sí la médula más ó menos fluída.

Huésped, del sanscrito *ghas*, comer, y *pati*, amo de casa.—El espacio es la casa común, el tiempo es el huésped.

En la casa grande (cosmos inorgánico), no hay huésped *particular*: todas las partes están al raso.

En lo vegetativo el huésped oculta su presencia y está como dormido. Cuando se ausenta, terminado el sueño, es definitivamente para no volver.

En la casa del animal entra y sale el huésped, dándose á luz fuera de sus muros en los intervalos de vigilia.

En la casa del racional se presenta el huésped y se representa desde una ventana, mientras está presente en ella, y se da á luz por intervalos como el animal.

La presentación y la representación se efectúan dando vueltas el huésped en derredor de su habitación misma, mientras está presente en ella.

Cada huésped racional no ve den

tro de su casa, ni aun asomándose á las ventanas, á los huéspedes vecinos, encerrados en sus alojamientos; pero los *adivina* por el ruido que hacen.

Falta saber si cuando el vecino sale definitivamente de su casa, ó ésta se le cae, signe dando vueltas alrededor de sí propio.

En el raso, permite el huésped á la casa grande (el raso mismo) hacer una pantomima, que imita admirablemente el hospedaje particular. Mas los huéspedes éstos del raso son, bien mirados, casas en miniatura, que entran y salen de otras casas.

Huevo, del sanscrito *avi*.—Organismo suspendido entre la vida degenerada y otra vida regenerable.

La vida del embrión puede acabar en el huevo, expelido fuera del claustro materno. Desde entonces no vive ya, sino se regenera con el auxilio de la exterioridad, que es el aire para la generación vivípara, y la incubación precisa, por regla general, para la ovípara.

Entretanto, el huevo no está vivo ni tampoco muerto; está en un intervalo, parecido al del sueño entre dos vigiliadas del sentimiento y del pensamiento.

Hugo (de San Victor), místico del siglo XI, que todo lo resume en Dios.

Lo único—dice—que debe pedirse á Dios, es Dios; si se le pide otra cosa, esta cosa es lo que se ama y no Dios.

Todo, pues, lo reduce al sentimiento más sutil, y desprovisto de vislumbres de egoísmo y de cariño á lo objetivo y extraño á la propia subjetividad; sacrificada también en los altares del Divino creador del Universo.

Huir, del latín *fugere*.—Huir de

los extremos y acercarse á ellos, sin detenerse en ellos jamás, es la teoría viviente: teoría de la práctica, y práctica de la teoría.

La función eléctrica simboliza en lo inorgánico esta función viviente.

Humanidad, de hombre.—Carácter genérico del hombre, al que da cuerpo cada individuo en particular.

Humanidad es ley abstracta del hombre concreto; ley á que éste se somete; por la cual lo hace todo, y *para la cual* debe también hacer todas las cosas.

Cada hombre se *representa* á sí propio; se concibe en lo *presente* como alguna cosa, mediante la cual se *representan* en él correlativamente todas las cosas. De esta representación no le cabe duda; es evidente, aunque de evidencia no exenta de salvedades que la limitan; mas sí le cabe duda acerca de la eficacia y exactitud de quien representa por su parte la ley común.

Respecto de este punto, procede que cada cual mida sus fuerzas, y consulte los datos de su inteligencia, para formar sus juicios lo más exactos posible sobre cuanto debe pensar y hacer.

La misma humanidad que se particulariza en un hombre, hace su propia historia, particularizándose en muchos hombres, agrupados en pueblos, razas, épocas y civilizaciones, diversas y seriadas indefinidamente desde lo pasado á lo porvenir.

Humanismo, de hombre.—La función del pensamiento humano objetivándose para sí propio, ó llámese *humanismo*, puede considerarse bajo tres aspectos: *querer*, *crear* y *crear*, por activa y por pasiva.

El hombre quiere: *activamente* hacer algo en particular, y *pasivamente* ha-

cer algo fraguándolo y reservándolo en la esfera general, ideal.

Cree: activamente conociendo hasta donde puede conocer, y pasivamente sintiendo lo que no puede conocer.

Y crea: activamente haciendo á la Naturaleza semejante á lo ideal, y pasivamente concibiendo lo ideal enfrente de lo real, y *amándolo ó repeleándolo*, en la intimidad de la conciencia.

La función total sería querer, crear, y crearlo todo. El hombre quiere, cree y crea, algo en particular.

No puede por consiguiente *comprender* la función en que forma *parte*.

Comprende, ó más bien *siente*, que no comprende la función en que se *siente* comprendido; y no le es dado en manera alguna abdicar tal sentimiento, por más que no le pueda comprender (*conocer*).

Humano, de hombre.—Lo que hace el hombre.

El hombre, sér afortunado por el privilegio de representar eminentemente el espíritu; hijo predilecto del tiempo y del espacio; unido primitivamente con su madre la Naturaleza por el cordón umbilical, que le sostenía viviente de la vida materna; se lanza á los azares del tiempo; halla en esta peregrinación su morada propia; y se declara astro independiente y libre entre sus hermanos los demás astros, dotados como él de naturaleza propia.

Tiempo y espacio, espíritu y naturaleza, comienzan así una historia, que ha de tener un fin; porque es el ejercicio de una limitación, que sólo es algo porque se está haciendo tal como es y en tanto que se hace.

La limitación *haciéndose* es: en un sentido ilimitación; en otro, nueva li-

mitación. Y entre ambas formas, penetra el pensamiento, ora abatido y triste por la desgracia de haber de indefinirse, y ora alegre y consolado por el placer de hallarse definido; ya humillado por su degeneración real, ya engrandecido y radiante de satisfacción por su regeneración ideal.

¡Océano sin fin de la humana conciencia! Dichoso solamente quien, sondeada la profundidad que amenaza devorarlo, y mirando al Cielo que le presenta horizontes indefinidos, sabe aprovechar los vientos favorables y resignarse á los contrarios, con el presentimiento de lo mejor, que es lo que *debe* ser, y preparado para lo peor, que puede muy bien ser, aunque no deba ser.

Feliz quien tiene fe ciega en el bien; feliz, al menos en lo que cabe, quien á la luz de su ciencia reconoce su ignorancia, que si le veda saber más, le permite siquiera dormir tranquilo en el lecho transitorio, donde le ampara una Providencia, reconocida como promesa de otra vida mejor.

Humanotrofia.—Asimilación del mundo al pensamiento humano.

Así puede llamarse la *apropiación* del cosmos, ejercitada por cada individuo con mayor ó menor derecho.

Tentaciones no faltan nunca al hombre de apoderarse de todo. Forzoso es que se resigne con lo posible humanamente, y aun no con todo lo posible, que eso sería á lo sumo el derecho de *todos* los hombres; sino de aquella parte de lo posible á que tiene derecho en general, y que *puede* haberle en particular. Siempre algo, y tan poco á veces, que linda con ninguna cosa.

En esta larga serie de aspiraciones y limitaciones se agita la existencia humana.

Desde luego, lo que puede humanamente el hombre está divorciado de lo que concibe divinamente. A lo divino no alcanza su *poder*, sino bajo la forma humana. Es lo divino forma sobre humana, que recibe *pasivamente* la humanidad, y que toma en ella el carácter de ley bajo los tres aspectos, fenomenal, legal y funcional; belleza, verdad y moralidad. Cuanto haga el hombre bajo estas tres formas, lo hará con legítimo derecho, como tesis general impuesta á todo lo particular. Cuanto quiere hacer en la dirección de lo divino, sólo será un símbolo, elegido para lo que no puede alcanzar, por más que se imponga á su sentimiento práctico con invencible persistencia.

Este sentimiento, traducido por la humana reflexión, es *divinamente* para el hombre mismo ninguna cosa: lo que ignora por necesidad, aunque se le impone necesariamente, como tiempo futuro á cuyas expensas vive.

El mismo sentimiento es *humanamente* la *libertad*, de que el hombre se apodera dentro de su esfera, para hacer todas las cosas; y que se representa igualmente, aunque sin conciencia de sí propio, en las vidas vegetativa y animal.

Hume, filósofo inglés del siglo XVIII que profesó un escepticismo, más bien empírico que inspirado por el estudio teórico del pensamiento, y el cual sirvió para sugerir la crítica de Kant.

Guiado por la interpretación que el positivismo había dado al hábito; atribuyéndole á las cosas pensadas y no al sujeto que las piensa, dijo «que el hábito es el que nos hace esperar que en el orden de los acontecimientos se sucedan unos á otros de un modo más ó menos constante; que

nada probaba el fundamento de las ideas de *causa* y de *sustancia*; que las ideas mismas no eran otra cosa que *asociaciones* de datos sentidos, así como los cuerpos de la Naturaleza no son más que asociaciones, físicas ó químicas, de partes de elementos que los constituyen.

Resultaba, pues, en la doctrina de Hume, un verdadero *escepticismo*, por lo menos respecto de las causas y las sustancias consagradas por la escolástica durante largos siglos, y á estos conceptos bastardos debían en su concepto sustituir los de simple sucesión de los hechos que los sentidos nos revelan.

Á estas conclusiones llegaba Hume, comenzando por asentar que debe aplicarse á la investigación de los fenómenos internos, el mismo método que aplican las ciencias positivas á los fenómenos físicos.

Á la verdad podía Hume tener razón si los fenómenos externos fueran idénticos, sin distinción correlativa, con los fenómenos externos; pero sucede precisamente lo contrario. Los fenómenos externos son simplemente tales fenómenos; los que llama Hume fenómenos internos son, respecto de los externos, leyes, ideas, generalidades, teóricas ó prácticas; actividades correlativas con las *particularidades* pertenecientes á lo exterior, á lo material, á lo relativamente pasivo y definido; enfrente de lo activo, indefinido en teoría y espontáneamente definido en la práctica.

Humildad, del latín *humus*, la tierra.—Debe el hombre ser humilde; ¡tiene tantos motivos para serlo! Mas no debe su humildad degenerar en envilecimiento.

Humilla al hombre el misterio de su creación, su particularidad, tan

poco significativa entre tantas otras, y la obscuridad de su porvenir. Más le ennoblece su carácter de Rey de lo creado.

Rey, es verdad, que reina demasiado en grande y gobierna muy en pequeño; pero al menos representa en general, todo lo grande y bueno dentro de lo creado.

Humo, del sanscrito *dhumus*.—En humo se convierten todas las vanidades del Universo.

Sin embargo, puede tener este humo un aroma que embelese, y entonces, mientras se lo respira es muy de apreciar.

No importa que idealmente todo aparezca convertido en humo, si aunque el fuego destruya en alguna parte la realidad, subsiste lo real en otra parte. Hasta el humo simboliza una realidad ideal, regeneración de lo real degenerado, tipo y fundamento de realidades consecutivas.

Humor, del sanscrito *chaumos*.—Humo de la realidad reproducido en la fantasía.

Según las imágenes que en este humo se pintan, el humor es alegre ó triste, activo ó lánguido, serio ó festivo, capaz, en fin, de cualidades muy diferentes.

También se llama humores á los líquidos contenidos en los organismos vivientes. Son efectivamente una especie de humos de la exterioridad quemada por la vida, condensados por ella en su alambique propio, y provisto de cualidades, que figuran como *generalidades* aplicables á todas las partes del organismo común.

Hutcheson, filósofo de la escuela escocesa del sentido común.—Se fijó especialmente en la moral, haciéndola brotar del sentido íntimo y concediéndole tanto ó mayor valor que el que suele darse á lo revelado por los sentidos externos.

Como práctica, la filosofía del sentido común merece á menudo elogios. Bueno es, sin embargo, que para fundamento de tales elogios haya un criterio científicamente asentado, aunque comprobable siempre por la práctica correlativa.